

**14 DE JUNIO DE 2019**  
**XX PREGÓN FIESTA DE LA CEREZA**  
**Valentín Castillo Olmo**

Excelentísimo Ayuntamiento de Castillo de Locubín, autoridades y paisanos aquí presentes, buenas noches y bienvenidos al pregón de la Fiesta de la Cereza 2019.

Quiero agradecer a la Corporación municipal y en especial a su Alcalde Cristóbal Rodríguez, el hecho de nombrarme pregonero, tal día como hoy, en una fiesta tan importante para nuestro pueblo.

El jueves, 21 de febrero horas, recibo una llamada, de Cristóbal Rodríguez, alcalde del Castillo.

- Hola Cristóbal que te cuentas.

Cristobal me responde en un tono socarrón:

- Te quiero comunicar algo, y no sé si para ti será una buena o una mala noticia. Queremos que seas el pregonero de la próxima Fiesta de la Cereza.

Mi respuesta inmediata fue:

- Cristóbal, con un par, acepto. Es un orgullo y un gran honor, que hayáis pensado en mi, para tan importante tarea.

Y nuestro alcalde me respondió:

- Me alegro que aceptes, así que a trabajar.

Dejé el móvil e inmediatamente se lo comuniqué a mi mujer Trini y a mis dos hijos, Raúl y Miriam, que reaccionaron con gran alegría y me felicitaron por dicho nombramiento.

Me sentí el hombre más importante del mundo.

Lo cierto es que yo he desarrollado toda mi vida como profesor de Educación Física, en un patio de instituto, gastando suela de zapatillas, nunca he sido hombre de letras.

Y pensé:

- ¿Qué méritos he hecho yo para merecer tan grandioso encargo?.

Decidí entonces seguir el consejo de mi hija:

- Papá si han querido que seas pregonero, es por ser como eres. Muéstrate natural, disfruta y sé tu mismo.

Ese es mi objetivo, mostrarme como soy, como persona y como castillero.

Y como diría mi padre: un Pingorote nunca se rinde.

Tal y como le prometí a nuestro Alcalde, de inmediato me puse a trabajar.

Me propuse escribir con el corazón. Y lo único que siento y tengo, es una enorme gratitud y muchos y buenos recuerdos del Castillo, nuestro pueblo, nuestra gente. Mis paisanos.

Como castillero de pura cepa que soy, entenderéis, que hoy es un día muy especial para mi, un día con sentimientos encontrados, de responsabilidad, orgullo y alegría, pero también un día lleno de recuerdos de personas cercanas que ya no están con nosotros.

Qué orgullosos que se sentirían, en estos momentos, mi madre Aurelia y mi padre Manuel Pingorote. Por cierto Pingorote, apodo familiar. Qué poco nos gustaba, de niños, que nos llamaran por nuestro apodo. ¡Qué vergüenza nos daba!.

Sin embargo mi padre siempre me dijo:

- Vale, tú nunca te avergüences si te dicen Pingorote. ¡Cuanta gente en el pueblo le gustaría llevar este apodo!.

Resumiendo, no esperéis una gran obra literaria con una narrativa perfecta, es simplemente la exposición de hechos y lugares, según la mirada de un castillero, que se va a dirigir a todos vosotros a corazón abierto.

Este pregón está elaborado con inquietud, pero con pasión. En él, he puesto toda mi alma y espero que llegue a vuestros corazones.

Es sencillo y pretendo que sea entrañable. Sé que es una tarea ardua y difícil contentar a todos con mis palabras. Pero lo voy a intentar.

Mis antecesores en este estrado, se han encargado de contarnos sus vivencias, las de nuestra gente, la historia de nuestro pueblo, la nostalgia de años atrás, y todo lo relacionado con el mundo de la cereza y su repercusión a todos los niveles en el Castillo. Ellos han profundizado en la historia, geografía y en las tradiciones de nuestro pueblo.

¡Vamos!, que pienso que no tengo nada nuevo que contar. Aún así voy a tratar de haceros llegar mi amor por nuestro pueblo y su gente, mi gente, y puede que alguno de vosotros se entere de algo nuevo, que no había oído en ninguna ocasión.

Quiero tener muy presentes a aquellos paisanos y amigos, que por la causa que sea, no han podido asistir a esta entrañable fiesta.

Comentaros también, que he querido acompañar este pregón de imágenes de la época, pido disculpas, si alguna de ellas pueden tener motivo de ofensa, pero dado su valor intrínseco en consonancia con lo expuesto, me he tomado la libertad de usarlas. Algunas de ellas de la colección de Jenny Masur.

Además habréis comprobado que os estoy tuteando, que creo que es la mejor forma de comunicarnos entre paisanos.

Dicen los entendidos en el tema, que hacer un pregón sólo consiste en hablar bien de tu tierra.

Algo muy fácil para mí, porque siempre he estado cerca de ella, me siento parte del Castillo y lo llevo en lo más íntimo de mi ser. Y sobretodo es fácil hablar bien, porque hablar de sus gentes, de lo que lleva dentro de sí cada castillero, es hablar de algo grande y hermoso. Algo único.

Me siento orgulloso de haber nacido en un pueblo de gente trabajadora y acogedora. Un rincón privilegiado, con grandes alicientes para vivir en él y disfrutar de una buena calidad de vida: su clima, su agua, sus frutas y hortalizas, sus aceites.....

No sé cuantas veces mi mujer ha dicho: “es pasar por el puente del Bao, cruzar el río San Juan y se te cambia la cara y hasta el habla”.

Y es que no conozco un aire más sano, y que se respire mejor que el aire del Castillo.

Nacer aquí es venir a la vida impregnados de carácter, espíritu trabajador y amor, mucho amor a la tierra. El castillero por donde pasa siembra la semilla de la buena gente. Os puedo asegurar que a lo largo de mi vida, por los lugares que he transitado, nunca he oído hablar mal de un castillero.

Y si recordar es volver a vivir, elaborar este pregón me ha hecho revivir mi infancia y juventud en nuestra tierra.

**Campos solitarios  
que al alba despiertan,  
hombres con capachos  
a labrar la tierra.  
Río de nácar corre,**

**brillan sus piedras,  
verdes sus orillas,  
pureza en sus venas.  
Todos son recuerdos  
que dentro de mi yo guardo.  
De mi pueblo al cielo  
sólo queda un paso.**

El Castillo, bañado por las aguas limpias y cristalinas del río San Juan, siempre vigilado por la torre del Batán, pasa majestuoso bajo el puente de Triana. Aguas que son las venas que han transportado riqueza para tantas generaciones.

Nunca un poema pudo manifestar en tan pocas palabras, lo que representa nuestro río, como el transcrito por Mercedes Castillo:

**El nacimiento del río del Castillo  
lleva un gran caudal  
Allí manaron sus aguas  
en un día de San Juan  
Hubo un gran terremoto,  
y las piedras se desprendieron  
Abriendo grandes cimas  
y sus aguas ese día salieron  
Bendito río San Juan  
siglos y siglos pasaron.  
Viniendo muchas sequías  
y sus aguas no se secaron.**

El paraje del Nacimiento del río San Juan, siempre ha sido un lugar de recreo y ocio. Quien no ha estado de “merendilla” en el Nacimiento. Sus aguas puras, pero heladas, han sido el lugar de baño de los habitantes de toda la comarca.

Ha tenido la función de lavadero. En su nacimiento era costumbre lavar la ropa de cobijo, empleada durante los meses de frío.

Hasta allí se desplazaban las mujeres con los mulos y borricos cargados de ropa de invierno y colchones, para lavar la lana.

Las mujeres que vivían en la parte alta del pueblo, se desplazaban a la fuente del Parral, ubicada en las faldas de la “Camuña”.

Para el lavado rutinario, se utilizaba el lavadero del Caño, el de la Hontana y el del Nacimiento, donde las mujeres lavaban las telas metidas en las frías aguas, en muchos casos apelonadas.

Como olvidar aquellas calles empedradas, invadidas por mulos y borricos desde horas muy tempranas. Lugar de paseo y reunión. Casas impregnadas del blanco luciente de la cal, que una vez a la semana nos traía un tío con su carromato, al grito de “Maria a la cal”. Relucientes en los días de procesión muy especialmente el día del Corpus Cristi. Cientos de castilleros se echan a la calle para preparar con entusiasmo los altares y recibir la procesión

Nuestras calles han sido testigos del paso del tiempo, calle Alta, calle Baja, la Plaza, el Cantón, calle de la Iglesia, la “Calzá”, calle Pelotas, el Llanete, Corea. Corea, tantos años estación de autobuses, punto de partida de estudiantes y de enfermos con destino a Jaén. De despedidas de paisanos, obligados a buscarse la vida en otras regiones españolas y también al extranjero. Despedidas de los quintos, que se incorporaban al servicio militar. A unos cuarteles en muchos casos lejanos como a Plazas del África del Norte (Ceuta y Melilla), Protectorado de Marruecos y África Occidental Española (Ifni y Sahara).

En Corea se han vivido muchos momentos emotivos de despedidas, pero también de bienvenida. Cuantas veces he visto Corea y la calle Alta, abarrotadas de familiares impacientes, emocionados, esperando a la “Alsina”, para recibir y abrazar, entre lágrimas, a esposos, padres, madres y nietos, que en muchos casos llevaban más de un año sin verse. Recuerdo en particular el caso de mis vecinos y amigos Manolo y Juan Antonio “Guevopira”, que apenas disfrutaron de su padre.

Emigrantes que con tanto esfuerzo mantuvieron la economía familiar. Algunos afortunados ahorraron para comprarse unas “faneguillas” de olivos. Los cochazos que traían los paisanos provenientes de Francia, Alemania o Suiza, con sus Ford Capri, Mercedes, Opel y hasta descapotables. ¡Lo que chuleaban los tíos!

Pero si hay que resaltar un lugar emblemático y singular muy representativo para toda mi generación, es el Paseo.

Con esos grandiosos álamos, así los llamábamos. La fuente taza, con sus ranas echando agua por la boca.

Lugar de juegos. Allí nos reuníamos para jugar al pillar, al escondite, al látigo, a Sevilla, a los aros (con la llanta de una bicicleta o con cualquier neumático de un coche), a pie quieto, a los platicos (litre, latre, chocolate), al corro de la patata, a piola, a las piezas, al espolique inglés, a zurrón, a la rayuela, a la comba, al pingolé, al tabarrico, a la olla, a flauta la mula. Recordáis cuando el Herrador nos ponía una pua fuerte y larga en el trompo, para intentar hacer un meco al del amigo y si conseguíamos partírselo mucho mejor.

Hábito tan sano el de jugar en las calles, que se ha perdido con la entrada en nuestras vidas de las nuevas tecnologías. Los niños apenas juegan, ni realizan ningún tipo de actividad física, lo que provoca un defecto de desarrollo físico e intelectual. La falta de actividad,

unida a unos malos hábitos alimenticios, son la principal causa de la obesidad infantil, cada día más extendida.

Nuestro paseo, lugar de reunión todas las tardes, con caminatas de ida y vuelta. Sitio estratégico para mirar a las paisanas en cada cruce. Siempre impacientes, hasta que aparecía la pandilla de chicas, en la que iba la niña a la que le habíamos echado el ojo.

Como íbamos en pandas de amigos, al cruzarnos con un grupito de chicas, observábamos si alguna nos miraba de reojo, y hasta había polémicas por averiguar hacia quien de nosotros iba dirigida esa mirada. Cuantos kms. de paseo llevaremos en nuestras piernas.

Para recuperarnos de varias horas de caminatas (me río yo de los senderistas de hoy en día), teníamos tres opciones, “en lo de Chirínias”, “en lo de Manolillo” ó “a lo de Benavente”.

Cada grupo de amigos se acomodaba y conversaba sobre temas de actualidad, relacionados con la juventud, sobretodo de fútbol, y de los chismorreos del pueblo. Los hubo tan atrevidos y osados que en ciertas ocasiones, muy pocas, hablaban de política.

A mi grupo de amigos nos gustaba mucho subir a la terraza de los Benaventes, y allí nos jugábamos el tercio San Miguel, a la brisca.

Evidentemente, había presupuestado sólo para un par de cervezas. Los cubalibres estaban reservados para los bailes del 24 de Diciembre y Nochevieja en el salón Benavente, ó para los días de feria.

Esas ferias tan esperadas durante todo un año. Que alegría cuando veíamos llegar los camiones cargados de cacharros. Siempre venían de la feria de Valdepeñas, yo esperaba en Corea y cuando aparecía un camión salía corriendo, calle de la Amargura abajo, para dar la noticia.

Los niños nos apilábamos alrededor de los feriantes cuando montaban los cacharros, si tenias suerte y te mandaban a por agua, a cambio tenías una ficha para montarte en alguna atracción.

Lo mismo ocurría con las cunas, porque a veces para contrarrestar el peso y completar alguna barca, echaban mano de los que aguardábamos por allí y te pegabas un viaje gratis.

Los caballicos funcionaban con tracción humana, los niños ya vestidos de limpio, nos acercábamos para ver si caía la breva y el feriante nos escogía para empujar desde el interior. La recompensa era que cuando aquello tomaba velocidad dabas un salto, y de pie,

permanecías unas vueltas montado. Pero os puedo asegurar que eran mucha mas las vueltas que pasábamos empujando, que montados.

Aquellos columpios, que llamábamos barcas, había que ponerlos en marcha tras un leve empujón del feriante y coger vuelo a base de fuerza bruta y habilidad. A mi prima Rafaela la “Peiná”, le prohibieron montarse porque más de una vez dio la vuelta completa.

Día grandioso y muy celebrado, fue la primera vez que vinieron al pueblo los coches locos.

Atracciones que ya se han perdido, como las olas, las voladoras y esa tómbolas que le daban mucha emoción a la feria.

Durante la feria era muy celebrado las carreras de cintas con las bicicletas, donde cada cinta llevaba un premio en metálico.

Quien no recuerda cuando se clavaba una viga larga, untada con manteca, frente a la casa de María la de Julio, en cuyo extremo más alto se colocaba un jamón y el que conseguía, gateando, alcanzarlo, se lo quedaba en propiedad.

Las carreras se sacos, a lo largo de todo el recorrido del paseo.

¡Los bailes que nos pegábamos en “Lo de Chirinias” o en “lo de Benamente” Al que normalmente íbamos los jóvenes, porque lo de Chirinías decíamos que era mas para los “señoricos”.

Cada feria disfrutábamos de los Crissant, que interpretaban a la perfección a Adamo ( “Mi rol”, “Es mi vida”), al grupo Triana (“El lago”, “Diálogo” ) y en varias ocasiones presenciábamos la actuación del grupo Realidad.

Era la mejor ocasión para ligar, aprovechando las canciones lentas. Las chicas bailaban por parejas y los muchachos las sacábamos a bailar.

Alguna de ellas se tiraba toda la feria sentada, esperando a que la sacara el chico de sus sueños. En aquellos tiempos estaba muy mal visto, que una mujer tomara la iniciativa para transmitir sus sentimientos.

Si había suerte y alguna aceptaba a bailar, ella plantaba una barrera impenetrable llamada: “codos sobre costillares” y no había forma de rozarse lo más mínimo.

A veces, tras varios bailes con la misma chica, si se confiaba y en un descuido lograbas acercarla un poquito, era pura felicidad, y en los descansos, presumías ante los amigos, que te estabas dando un “lote”.

- ¡Dios niño vaya lote que me estoy dando!.

Sin embargo hasta que no hablabas con el padre y le pedías la puerta, no había nada que rascar.

La boda era otra ocasión para intentarlo de nuevo. Medio pueblo se dejaba caer por el salón Rosales o Benavente, cuando terminaba el banquete. Como las madres acechaban visualmente a sus hijas y no les quitaba ni un ojo de encima, era más complicado ligar.

Nuestra feria por desgracia está perdiendo fuerza, en gran parte por las múltiples ofertas de ocio que hay en la actualidad.

En los años 60 y 70, el Castillo se inundaba de paisanos emigrantes, tanto de otras regiones de España, como del extranjero. Todo castillero que vivía fuera del pueblo, aprovechaba sus vacaciones para volver la primera quincena de septiembre.

Sin embargo, hoy en día muchos residentes deciden irse fuera, en lugar de disfrutar de la feria de su pueblo. Una pena que no sea tan concurrida como en otros tiempos.

Otro lugar de paseo, en las tardes primaverales, era lo que llamábamos “la carretera”. Cogíamos los Cifones calle arriba, acompañados de la música de alguna radio y siempre parábamos en los Peñoncillos.

Continuábamos, una vez nos volvíamos por Campana y otras llegábamos hasta el Puerto, para observar la belleza de nuestro pueblo, en una vista panorámica maravillosa.

El Castillo está lleno de rincones hermosos y bellos parajes, de riqueza natural extraordinaria. Aunque nuestro mayor patrimonio es la mujer castillera. Y desde este estrado quiero homenajearos.

No conozco mejor prototipo de mujer castillera que mi madre Aurelia. Ella, como tantas mujeres generación tras generación, ha sido el alma de la casa.

Su entrega, trabajo y tesón ha sido la base principal sobre la que se han edificado muchas familias de nuestro pueblo, los cimientos y el nexo de la unidad familiar.

Mujeres con manos duras, endurecidas por el trabajo en el campo.

Trabajadoras incansables en la aceituna. Siempre han sido las primeras en levantarse para preparar el desayuno, la merienda y dejar listo el puchero para la cena.



Algunas con suerte hacían el camino hasta los “peazos” a lomos de una mula o un borrico. Las otras, la mayoría, a pie. He visto agarrarse a la cola del animal, para ayudarse a subir las cuestas tan tortuosas de muchos de los caminos que conducen al olivar.

Era muy común ver mujeres embarazadas en un estado avanzado de gestación, ir a la aceituna.

Con las rodillas maltrechas de esos terrenos duros, en muchos casos pedregosos. Arrastrando a duras penas los fardos cargados de aceitunas y levantando a pulso las pesadas espuestas.

En las huertas han realizado cualquier tipo de trabajo que cada época requería.

Han trabajado en la siega de trigo y de cebada, colaborando en las labores propias para sacar la palva: cargar las gavillas en las narrias, barcinar, montar en el trillo y recoger el grano en sacos.

**Mujer hermosa y fuerte como ninguna.  
Mujer del campo y del trigo,  
de la viña y del sol,  
de jornadas sin fin,  
de noches sin luna,  
madre y esposa que ríe y llora,  
Acercas tu rostro a la tierra,  
y a las eras quebradas pegas el alma,  
desde el alba temprana al atardecer.  
Tú, como tantas otras mujeres.  
Pero tú eres distinta.**

Siempre se ha encargado del cuidado y alimentación de los animales de la casa.

Matancera por excelencia. Maestras en la elaboración de chorizo, salchichón o morcilla con sabor único. Y que decir del lomo en aceite. Las labores de las matanzas, se convertían en lugar de reunión de familias y vecinos, ayudándose unos a otros.

Los niños meneábamos el rabo del cochino, porque nos decían que así salía mejor la sangre.

¡Y que ricas estaban las chicharras!, el trozo de lomo que lo envolvíamos en papel mojado y se echaba a las ascuas para que se asara.

Mujeres dominadoras del arte de la confitería: gran variedad de dulces navideños, rosquetas y nuestra típica manta castillera. Mi madre ha sido especialista en hacer rosquetas deliciosas, de lo que ha sacado partido medio pueblo.

Nuestras mujeres han sabido aprovechar los productos de las huerta poniéndolos en conserva: tomates, pimientos, melocotones.

Conservándolos en vinagre: pepinos, pimientos, alcaparrones...

Haciendo bollo de higo y carne membrillo.

Uno de los oficios femeninos más demandados era el de costurera. En sus casas ó talleres, la máquina de coser se convirtió en un símbolo de trabajo. Modistas, sastras, zurcadoras o simples aprendices.

Creatoras de bellos bordados y encajes. En muchos casos trabajos para ayudar a la economía familiar. Un ejemplo, fue el de mis entrañables vecinas, Angeles la Rubia y sus hijas Trini, Angela y Bibi, que hacían “saquitos” para la calle.

Los actos religiosos ocupaban una parte importante de la vida de las castilleras, participando tradicionalmente en procesiones, rosarios y novenas.

Nuestra Semana Santa siempre se ha vivido con mucha devoción, con la participación de todo el pueblo en la procesión de Nuestro padre Jesús.

Las fiestas en honor de Nuestro Padre Jesús Nazareno han conseguido que muchos hijos del Castillo, que están repartidos por todo el mundo, regresen para reencontrarse con sus familias y amigos en unos días entrañables.

Por su parte, del hombre castillero siempre he admirado su dedicación al trabajo y espíritu familiar. Ha sabido buscarse la vida por esos mundos.

Los primeros paisanos que salieron del pueblo en busca de trabajo, sobretodo a Madrid, al cinturón industrial de Barcelona y al extranjero.

Fueron tan buenos en lo suyo, que sirvieron como referencia y reclamo para familiares y amigos.

El cultivo del olivo ocupa el 90% de terreno cultivable, siendo nuestra principal fuente de riqueza. Es raro el castillero que no tiene alguna fanega.

A mi lo que peor me sentaba de la “vará” de aceituna, es la fecha de la recogida: las vacaciones de Navidad. Todas las navidades “pringao”.

Con lo que más disfrutaba era cuando me encargaban acarrear la aceituna con los mulos hasta el “cargaero”. Gracias a las enseñanzas de mi chacho “Peinao” y mi chacho “Borondo”, conseguí cargar y amarrar, yo sólo, los tres sacos de aceituna, encima del mulo.

Testigo de la historia y el paso del tiempo, tenemos al paisano más longevo del pueblo, que nos da la bienvenida cuando vamos llegando al pueblo, el olivo Grande.

El castillero ha dominado tradicionalmente cada una de las labores del campo:

Plantación y cultivo de todo tipo de hortalizas y legumbres.

Tratamiento de todas las variedades de árboles frutales y cosechero de cereales.

Sin ningún tipo de maquinaria ha desmontado y roturado tierras, haciéndolas cultivables y fértiles,

Expertos en la crianza ganadera, ganado cabrio, bovino. Conocedores del manejo de animales de monta, como mulos, caballos y burros. Expertos en el uso y control de la yunta.

Defensores a ultranza del precio de los productos de la tierra. Se recolectaban por las tardes cuando se hacía la “carga” y de madrugada se desplazaban a las plazas del Castillo y Alcalá, donde las mujeres siempre preguntaban si lo que se ofrecía era castillero.

Y también hemos tenido grandes profesionales especialistas como el hojalatero, empresarios emprendedores, poceros expertos, transportistas, chicos para todo, policías locales, taxistas y un castillero polifacético como nuestro entrañable Aniceto.

¡Y todo no iba a ser trabajo!. Cuando tocaba fiesta y juerga, el castillero no se quedaba atrás, sea en ferias ó romerías. Con una gran fe y devoción por la romería de la Virgen de la Cabeza y del Rocío.

El sábado y domingo de Gloria, celebrábamos los días de los “merceeros”, donde participaba toda la familia. En las nogueras se montaba un gigantesco “merceero”, con balanceos que daban miedo,.

Y para acompañar a la fiesta desde siempre hemos tenido buenos músicos, como el Tiznao, varias orquestas como “Los ángeles negros”, con la voz inconfundible de nuestro paisano Currito, grupos musicales femeninos, bandas de trompetas y tambores y rondallas

Las tardes de domingo organizábamos nuestros guateques.

Eran una simple reunión de jóvenes de ambos sexos, en la casa de uno de nosotros, (en la sede de la OJE se organizaban fiestas, pero con entrada limitada).

Aún no existía discoteca en el pueblo, ni lugares donde chicos y chicas, entre los quince y veinte años, pudiéramos desmadrarnos un poco, bailando al ritmo de las canciones de moda, que escuchábamos en las emisoras de radio.

¿Quién invitaba?. Quien disponía en casa, de una habitación o una cochera, capaz de albergar a diez o quince, por término medio.

En algunas ocasiones montábamos nuestras propias discotecas en casas vacías o en construcción.

Imprescindible el tocadiscos y los discos de vinilo de cuatro canciones, algunos de larga duración, al principio de ocho temas, luego de doce, y los revolucionarios Lps.

Entre todos aportábamos discos que regalaban con las botellas de Fundador y Mirinda.

Los guateques comenzaban entre las seis y la siete de la tarde del domingo. Los padres del que invitaba a sus amigos a la fiesta, antes de salir de casa, soltaban su discurso:

- "¡Cuidado con lo que hacéis!.
- ¡Nada de indecencias!.
- ¡Y no os paséis con la bebida....!"

Se hacía una recolecta (sólo pagamos los chicos), entre los que acudimos a la reunión. Aunque siempre se presentaba algún gorrón haciéndose de nuevas. No quiero dar nombres porque veo que algunos andan por aquí.

Nos procurábamos de un barreño de zinc y preparábamos el ponche, con gaseosa de limón, La Inesperada, vino tinto ó blanco, que comprábamos a granel, en lo del Coreano, frutas variadas, azúcar y canela compradas en lo de Azulete.

Una vez preparado, se traía una barra de hielo de Emilio Jaén, se picaba en trozos, se vertía en el barreño y se tapaba con un saco húmedo.

El tente en pié consistía en patatas fritas, avellanas del Alcalino, aceitunas, frutos secos variados y algunos dulces del Porro.

Como era bebida dulzona, a las chicas "les entraba bien en el cuerpo". Nosotros, llegado el momento, podíamos "aprovecharnos un poco".

Eso sucedía en las postrimerías del guateque, hacia las nueve o nueve y media del festejo, ya con las luces del salón medio apagadas, sonando música lenta, la del "agarrao".

Porque al principio el encargado del tocadiscos ponía y canciones con marcha. Solía ser el más "cortao" del grupo. Aquel que menos bailaba. Pensar más allá de unos abrazos o roces, era soñar con imposibles.

Sobre de las diez regresaban los padres y el guateque tocaba a su fin.

Pasábamos unas tardes muy agradable, sin necesidad de grandes montajes. Al principio cuando el barreño estaba lleno, empezábamos el guateque con música más de los 60's: Los Sírex, Los Brincos, Los Mustang, Los canarios, Los Pekenikes, Los Angeles, Los Bravos, etc.

Para la segunda hora echábamos mano mas de los grupos y cantantes de los 70's: Los Diablos, Fórmula V, Los Puntos, Los Payos, la marcha de la "Carrá" o las rumbitas de Los Chichos ó Perét.

Cuando empezaba a caer la tarde, y al barreño se le notaba el bajón, música lenta de Julio Iglesias, Angela Carrasco, Manolo Otero, Miguel Gallardo, Camilo Sesto, Santana y de los cantantes italianos, que en los 70'S pegaban fuerte, por poner algunos ejemplos.

Una vez que he hablado del Castillo y sus gentes, me gustaría centrarme en recordar vivencias personales, relacionadas con el campo y la apicultura.

Mi primer encuentro con la agricultura fue cuando apenas tenía 8 años.

Mi padre me puso frente a un arma de destrucción masiva, capaz de dejar hecho un pindajo, al hombre más fuerte y robusto.

Me estoy refiriendo al azadón. Después de enseñarme las técnica de agarre de aquella bestia, me instó a que la probara.

Con mucho esfuerzo conseguí dar unas cuantas cavadas. Casi me caigo. Entonces mi padre me dijo:

- "Vale: esto o estudiar".

Capté el mensaje de inmediato y con ocho años tomé la primera decisión importante de mi vida.

- "Papa a estudiar, a estudiar".

Nunca llegué a perderle el respeto a semejante herramienta "matatíos".

Que estudiaran sus hijos, fue una obsesión para él. Y siempre decía con orgullo:

- ¡Quien hay en el pueblo, con los tres hijos con carrera y con paga fija del gobierno!.

Era tal su fijación, que a mis dos hermanas Lola y Rosi, les decía que no permitiría que se echaran novio hasta que no terminaran la carrera de Magisterio.

A esas edades, las huertas eran sitio de recreo, y la nuestra a la vera del río, más todavía.

Que buenos ratos pillando peces o ranas y los baños en los remansos. Lo que disfrutábamos tirando piedras para que hicieran la rana y hacerlas saltar por la superficie del agua.

La presa del Moño era nuestro parque acuático, al resbalarnos por su caída, a modo de tobogán.

Gatear por los álamos para coger nidos, porque en cada álamo era normal encontrar varios.

Había abundancia de nidos de ruiseñores entre las zarzas, a los que siempre respetábamos.

Da pena que hoy en día resulte extraño oír el canto de los pájaros. En esos años de mi infancia, resultaba hasta difícil dormir la siesta por su cánticos.

Recuerdo el olor de la lumbre encendida por mi madre. Que ricas que estaban las patatas al montón y los pimientos y berenjenas fritas.

Daba pavor ver a mi padre comerse las cerecillas sin realizar ningún gesto extraño al masticarlas. Así era la naturaleza de los hombres del campo castillero.

Y que ricos los “joyicos” de medio pan con tomate, a media mañana. Coger el tomate de la mata, abrirlo, hacer una sopa con el mijón del pan, estrujar la simiente y llenarlo de aceite, Que deliciosas la sopa empapada de tomate y aceite.

El 30 de Enero del 1948, llegó una enorme riada que inundó toda la huerta, dejando la “alamea” llena de sedimentos.

Limpiando estos residuos, mi padre observó, que era arena apta para la construcción. Y como se iban a edificar los Grupos Escolares, el propio Ayuntamiento se interesó por esta arena.

Así que ya sabéis la procedencia del material con el que se construyeron los Grupos Escolares. De la “alamea” de Manuel “Pignoraste”.

La riada casual dio origen a un proyecto para la extracción de la arena de río: un artilingo mecánico made in Manuel Pingorote. Todo salió de su cabeza.

Adaptó el motor y la caja de cambio de un camión, hasta lograr que aquello funcionara. Y lo consiguió.

También se compró un Dumper que tenía la carga por delante. Enseguida lo bautizaron en el pueblo como “el esconfiao”. ó el “tractorcillo” y se hizo muy popular en el Castillo.

Con el “esconfiao” hice yo mis primeros pinitos como conductor.

Como disfrutaba yo montándome en los camiones de “Pajote”, “Boliche” y “Marquitos” cuando iban a por arena.

Como habéis comprobado, mi padre siempre ha tenido madera de emprendedor.

Cuando la mayoría de los castilleros emigraban, él tenía ocurrencias para buscarse la vida. Siempre decía: “me tengo que morir sin que nunca nadie haya mandado en mí”, y os puedo asegurar que lo consiguió.

Por cierto, ¿sabéis de donde son originarios los espárragos de todas las huertas del Castillo?.

Fue una nueva ocurrencia de mi padre ante el bajo precio de las hortalizas de nuestras huertas.

El espárrago, en cambio, era muy demandado y no se cultivaba por la zona. Se informó y fue hasta Aranjuez, donde por entonces se cultivaban.

En esa localidad madrileña no encontró ningún sitio donde adquirir la semilla. De modo, que esperó al anochecer, se metió en una finca repleta de esparragueras y prácticamente palpando, llenó dos sacos de plantas con sus semillas.

Con las prisas y la oscuridad, no advirtió que la finca estaba recién regada, llenándose de barro hasta la cintura. Después, embarrado hizo autostop y con los dos sacos a cuentas llegó al pueblo.

Mirar lo que han dado de si estos dos sacos de semilla, ¿que huerta castillera no tiene algunas matas de esparragueras?.

Yo fui una víctima directa, porque durante muchos años he sido el responsable de los cuidados y recolección de los espárragos.

A partir de cumplir los 16 años, mi padre tuvo una ocurrencia de como ocupar mi tiempo libre en vacaciones:

- “Vale, te vas a encargar de la huerta, que por cierto siempre hay cosas que hacer”.

Propuesta que era innegociable.

El primer día de vacaciones de verano, a las 6 de la mañana, mi madre me despertaba con taleguilla en mano. Tras una hora andando, por la carretera de las Ventas, llegaba a la huerta de las Casillas.

Como recompensa, allí me esperaba mi gran amiga del alma, el amor de mi vida: “la Piva”. Juntos hemos pasado interminables horas de paseo.

A propósito, las dos primeras “Pivas” que llegaron al pueblo las compraron mi padre y Santiago Matamoros.

En la huerta pasé la mayoría de los días de verano. En la hora de la merienda, como se llamaba al tiempo de la comida, las pasaba con mi chacho “Peinao” y con el “Chan”.

Echábamos nuestras horas de tertulia, en las que ellos disfrutaban picardeándome.

Mi experiencia como colmenero ó apicultor, se originó después de que un enjambre se metiera en el hueco de un olivo, de un “peazo” nuestro del Cerrajón.

Manuel Ciorillo, el entendido del pueblo en todo lo relacionado con las abejas, trasladó el enjambre a una colmena. Al año, se castró y se extrajeron veinte kilos de miel.

Tras el gran rendimiento, mi padre se interesó por el mundo de las abejas y se agenció varios libros, que trataban sobre el tema de la apicultura.



Dejamos desparramadas por todo el término del Castillo gran cantidad de colmenas, impregnadas de una sustancia caza enjambres. De una en una las fuimos capturando, hasta llegar a tener más de cien colmenas.

Hasta aquí todo muy bonito, pero no se si vosotros sabéis que las abejas pican.

Mi madre, siguiendo las instrucciones de mi padre, confeccionó unas vestimentas caseras que causaban risas a las abejas. Vamos que nos comían a picotazos.

Mi padre me tranquilizaba diciéndome que las picaduras eran muy buenas para el resfriado, según su libro.

Para vender la miel, se pensó que si los consumidores vieran directamente como se extrae, comprobarían con sus propios ojos que el producto que se le ofrece es completamente puro. Del panal al tarro.

Con la C15 cargada de panales, repletos de miel, mi padre, mi “cuñao” Pepe Verdence y un servidor, tiramos para la plaza de Priego, que tenía fama de tener mucho movimiento.

Al principio todo fue genial, rodeado de curiosos y mujeres haciendo cola tarro en mano.

Pero tuvimos un error de cálculo y no se predijo que podía haber colmenas en los alrededores. Y las había, ¡vaya que si las había!.

Alguna abeja de los alrededores captó el olor a miel, y a los cinco minutos aparecieron por cientos por la plaza.

¡Menudo espectáculo!, mi padre en plan pistolero, con dos sprays mata insectos, eliminando abejas.

Cuando uno va a robar la miel a la colmena, las abejas se defienden, pero en este caso, eran las propias abejas las ladronas y no suelen picar. Por fortuna no lamentamos ningún percance. Se vendió toda la miel y mi padre tan feliz.

Aquello si era miel pura, pasaba directamente del panal al recipiente. Sin ningún aditivo.

Hoy en día, cinco de cada siete frascos de miel que se abren están adulterados. La miel se suele manipular añadiéndole azúcar, melaza, jarabes, o glucosa, todo mucho más barato, sin que el consumidor pueda distinguir la diferencia.

Las abejas no sólo tienen su importancia por la producción de miel.

Estos insectos ayudan a que los cultivos crezcan hasta un 50%, gracias a la polinización.

Viven seis semanas, en los que alimentan el mundo, polinizando cerca de un tercio de todos los cultivos alimenticios del planeta.

Por desgracia entre las curas masivas y ciertas enfermedades, están en peligro de extinción.

Toda mi vida ha estado marcada por dos tipos de campo: el campo de trabajo agrícola, que en gran parte logré esquivar estudiando, y otro campo, que ha sido mi gran pasión desde la infancia, el campo de fútbol.

De niño viví los partidos del Rural, el Atlético Iberia y el Real Doncel, cuya portería eran tan bien protegida por mi “cuñao” Manolo.

Recuerdo cuando jugábamos en las calles, donde unas piedras hacían de porterías. Echábamos pies y a jugar. Los partidos terminaban cuando el dueño del balón se marchaba o aparecían los municipales.

La calle Baja era la frontera para formar los equipos. Yo pertenecía al equipo de la calle Alta.

Jugábamos contra la Plaza ó contra el Calvario en la era de los Carás. Normalmente ganaban los del Calvario, pero la rara vez que perdían, había que salir pitando por la carreterilla del cementerio, rumbo a San Antón, porque nos cosían a pedradas.

Más adelante, en el pueblo, formamos dos equipos: el de los señoricos, como lo llamábamos, que todos pertenecían a la OJE y el del resto de castilleros. Hasta que Antonio Cano nos unió y consiguió hacer un único equipo del pueblo propiamente dicho.

De este equipo tengo unos recuerdos maravillosos, mención especial para Juanito Pelao “el rumbas”.

A una camiseta roja, nuestras madres le cosieron una banda blanca y ya teníamos equipación.

Después en una verbena de la plaza pusimos un chiringuito y con las ganancias nos compramos le equipación del Sabadell.

El siguiente equipo lo formó Manolín Cabezas con un gran plantel y fue de los últimos partidos que jugamos en el antiguo Pedregal.

El antiguo campo del Pedregal, tenía unos vestuarios individuales espaciosos, muy bien ventilados con abundancia de perchas para colgar la ropa, un olivo por jugador.

Para hidratarnos, perforamos una tubería que pasaba por debajo del terreno de juego y con una pajita de trigo absorbíamos el agua.

En partidos serios, en el descanso bebíamos agua del Caño y algunas veces bajábamos al Chorrillo.

Hubo un periodo de tiempo bastante largo, en que nos quedamos sin campo de fútbol porque en el Pedregal, se edificó el Colegio de Educación Infantil y Primaria Miguel Hernández.

La única forma que teníamos para jugar, era saltándonos a los Grupos Escolares.

Viendo que pasaban los años sin proyecto alguno para construir uno nuevo, mi amigo del alma Lito y yo, organizamos a modo de protesta, jugar un partido del fútbol en el Paseo.

Teníamos hasta nuestro propio lema “Queremos hacer deporte y no tenemos donde”. Se tuvo que suspender porque recibimos amenazas de los políticos de la época. Pero tuvo repercusión ya que salimos en el programa de José Maria Garcia.

El siguiente paso, ya mas serio, fue la fundación de la A.D. Castillo en el año 1980.

Un grupo de valientes castilleros con Rafael Boliche (siempre será mi presidente) a la cabeza, fundaron la agrupación deportiva. Pepe Morales, el desaparecido y muy querido, Juan “el del sastre”, Emilio Jaén, Pepe Prieto entre otros, formaron parte de la primera directiva.

Como vicepresidente siempre ejemplar, hay que destacar a Ramón Pajote.

Los primeros años de la A.D. Castillo, fueron maravillosos con todo el pueblo volcado con el equipo. Aficionados incondicionales como los hermanos Benavente, Quintero, Miguel Ámaro, el siempre crítico Moreno, la familia Santiburcio, Pepe Cartucho, el Chato y otros muchos.

Ahí podéis ver una de las primeras formaciones.

En el año 1981 jugamos en el nuevo campo del Pedregal el trofeo de feria, contra Zamoranos.

Ya avanzado el partido se dejó caer una tromba de agua y de pronto vemos aparecer una aficionado con paraguas, invadiendo el campo.

El arbitro creyendo que iba a por él, salió pitando para los vestuarios y de pronto vi que me era conocida esa cara, ¡era mi padre!, y gritando dijo:

- Sois todos gilipollas, estáis divirtiendo al pueblo y os vais a poner malos, fijaros como los únicos que os estáis mojando sois vosotros.

Y ya dirigiéndose a mi:

- Y tú, ahora mismo para la casa, que quieres que mañana te tenga que llevar al médico.

Y cargado de vergüenza me tuve que salir del campo.

Después se hizo muy buen aficionado al fútbol, tanto que las tardes frías de invierno se llevaba al campo una lata llena de ascuas para no pasar frío. Los espectadores se reían, pero después hacían turnos para calentarse.

El primer año como federados, tuvimos como entrenador a Manolo el de la Sevillana y aunque ganamos pocos partidos disfrutamos una barbaridad, jugadores y afición.

De esa primera temporada recuerdo un encuentro contra el Magefesa de Jaén, en el que muchos aficionados estuvieron de boda, antes del partido y llegaron al Pedregal un poco alegres.

El ambiente se descontroló un poco y se lanzaron objetos al campo. El arbitro se asustó y escribió lo siguiente en el acta:

“En el minuto 20, me lanzaron piedras del tamaño de un huevo de gallina, llegando algunas a rozar mis partes”

“Mediada la segunda parte, un espectador se abalanzó sobre mi, con una cuerda en la mano, con la intención de cogermel el cuello, pero muy astutamente me agaché y logré esquivarlo”.

La verdad es que la cosa no fue para tanto.

Se llegó al descanso perdiendo 0-2. El segundo tiempo conseguimos empatar, pero el arbitro puso en el acta que arbitró coaccionado por el público y tuvimos que repetirlo en Torredonjimeno y no conseguimos marcar ningún gol.

Para mí siempre ha sido y será un gran orgullo llevar el brazalete de capitán del Castillo.

No estaría completo este pregón, sin hacer referencia a la importancia de la cereza para el Castillo.

Qué decir de la cereza que no se hayan dicho anteriormente.

No hay mejor definición que la dicha por mi primo Manuel Peñalver, en su pregón del año 2004:

“La cereza es una fruta exquisita y jugosa, perla de néctar recién caída del cielo, trozo de sol encendido de rojo, gota de sangre nueva, esculpida y tallada por la flor del cerezo, que sabe a beso de enamorado, a gloria, a huerta, a vega. Nuestras cerezas, las más ricas de comer, las de más calidad para crema. Las cerezas castilleras son la alegría de vivir, la caricia de las estrellas, de la luna, la piel perfumada del atardecer hecha recuerdo en el corazón”.

De las propiedades científicamente probadas que sobre la salud tiene la cereza, una especialista como M<sup>a</sup> del Carmen Álvarez Tinaut, en su pregón del año 2011, nos decía:

Que la cereza tiene un escaso aporte de calorías, con un gran contenido en fibra y agentes como el potasio que ayudan a la diéresis, y son recomendables para diabéticos y dietas de adelgazamiento.

Mejoran las enfermedades cardiovasculares y son eficaces en la lucha contra el envejecimiento.

Buenos laxantes y mejoran el estreñimiento y las enfermedades del intestino.

Previenen y curan la anemia.

Se recomienda su consumo en casos de tratamiento con diuréticos por hipertensión o retención de líquidos, debido a insuficiencia renal o del corazón.

Mejoran el insomnio.

Las infusiones de rabos de cereza tienen un gran poder diurético y depurativo, ayudando a limpiar el hígado y a eliminar toxinas, y a combatir ciertos trastornos urinarios.

Quiero resaltar los efectos beneficiosos que para el embarazo tiene la cereza.

Las cerezas, son un alimento muy nutritivo para las madres debido a su gran aporte de hidratos de carbono, fibra, hierro, calcio, azufre, fósforo y potasio.

Son muy ricas en ácido fólico. Este componente es esencial en el embarazo ya que se ocupa del transporte de hierro en la sangre y se encarga de desarrollar correctamente el sistema nervioso del bebé.

Los antioxidantes que ésta fruta contiene, ayudan a que el sistema respiratorio de la madre y el feto se encuentren protegidos.

Y por encima de todos los sabores y dulzores, está nuestra cereza. Un regalo para el paladar. Y un regalo de lujo para el que lo recibe.

Como regalos a una caja de cerezas castilleras, a alguien, estás perdido. Todos los años cuando se acerca la primavera, ya te están recordando que cuando hay cerezas y que como las que me regalaste, no han probado ningunas.

En mi centro de trabajo, el instituto de Martos, han dejado huella las cerezas “lampé”, las de toda la vida, las “rosailas”, como dicen los compañeros, que son las que están más ricas.

Compañeros a los que siempre he invitado a la huerta con barra libre de cerezas. Se presentaban cargados de bolsas y siempre preguntaban:

- “¿Podemos coger las que queramos?”.

- “Por supuesto”.

Les respondía yo.

Tras explicarles que se tenían que coger de una en una y con rabo, empezaban echar cerezas en las bolsas. Al comprobar que no les cundía, la pregunta de siempre:

- “¿Valentín, a como están las caja de cerezas en los almacenes?”.

- “A unos cinco euros la caja de dos kilos.”

- “Entonces nos acercamos al Castillo y me compro un par.”

Os cuento esto, para demostrar lo laborioso que es la recolección de la cereza. Tanto es así, que mis compañeros han preferido pagarlas, antes que dedicar unas horas en recoger unos cuantos kilos sin coste alguno.

Se hace muy duro coger las cerezas con rabo de una en una.

Recuerdo cuando teníamos toda la huerta llena de cerezos, tan grandes como nogueras. Se subían varios hombres repartidos por el árbol. La única forma de acceder a los pimpollos era amarrando varias ramas para acercarlas.

Las mujeres, por su parte, se encargaban, sobretodo, del envasado de las capachetas, colocando hierbas en el fondo y jopos de zorra entre el fruto y la tapa de madera.

Mi padre llevaba peones, que así sea llamaban a los jornaleros, y al amanecer ya estábamos de faena, subidos en las escalera o en lo alto del cerezo.

La tarea en la escalera tampoco resultaba fácil. Desde el último peldaño y casi de puntillas, tenías que llegar a todas las ramas posibles, tirar con una mano ó con el garabato y con la otra ir cogiendo una por una y echarla al canasto.

Mantener el equilibrio en estas posiciones resultaba complicado. Tanto es así, que en todas las temporadas de recolección, se han producido caídas.

Se descansaba para comer y para echarse un rato, y por la tarde se seguía con la tarea.

¡Cuántas fatigas había que pasar para ver el canasto lleno!.

Al día siguiente, con el Citroen cargado, íbamos a vender las cerezas a varias plazas. Yo me quedaba en Porcuna y mi padre llegaba hasta Villa del Río.

Que alegría cuando me recogía y le entregaba el dinero, después de haber vendido todas las cerezas.

En la ventas de las cerezas siempre ha sido muy cabezón, decía que el las vendía directamente en los mercados, que con sus cerezas nadie hacía negocio, aunque a veces perdiera dinero.

En los comienzos de la “fiebre del cerezo“, muchas de las plantas que se compraban, no eran del tipo de cereza que venía en el etiquetado, donde la cereza “lampé” era las mas deseada en los mercados.

Mi padre, una vez más, tuvo la genialidad de hacer de la huerta un vivero de plantas de cerezo. Y para instruirse, se compró un libro.

A través de él, aprendió que el hueso de la cereza no es bueno como semilla de una nueva planta, porque el árbol nace muy debilitado y va a ofrecer un mal rendimiento.

Lo ideal es sembrar el hueso de un árbol, el maillo, porque su raíz es muy resistente y se adapta a todas los terrenos.

Localizamos dos lugares donde se criaba el maillo. En el camino del cementerio, cerca de las “Atravesás”, y en la ribera de unos arroyuelos por Frailes.

Casi en plan furtivo, fuimos con los “fardos”, vara en mano, como hacendosos oliveros, y con rapidez “avareamos” todo lo que pudimos.

Se sembraron los huesos y agarraron la mayoría. Así conseguimos nuestra almárciga de cerezos. Después se fueron plantando alineados muy cerca unos de otros. Hasta llegar al punto en que la planta estuviera lista para injertarla.

Injertar cerezos es una práctica habitual y necesaria en el cultivo de las cereza.

Así que solicitamos información a la Delegación Provincial del Ministerio de Agricultura. Mandaron un ingeniero agrícola, que se presentó con su Land Rover todo ataviado, una mesa y una silla desplegables y su gran maletín. Nosotros observamos expectantes.

El ingeniero se aproximó a la planta, desplegando todo su arsenal de herramientas, y se dispuso a explicar las técnicas diferentes para injertar cerezos.

Antes de empezar observamos un pequeño fallo, y a mi padre no le quedó mas remedio que interrumpirle:



- “Jefe que lo que usted va a injertar es un ciruelo.”

El técnico respondió:

- “Uy, no me había dado cuenta, como son dos arbolitos tan parecidos.”

Aguantamos la risa como pudimos, lo orientamos hacia un cerezo y nos bombardeó a teoría:

Para injertar un cerezo, se debe elegir cuidadosamente tanto el patrón, que en nuestro caso es el maillo, como la rama o yema que vayamos a utilizar.

El patrón o plantón es quien aporta al nuevo árbol sus raíces y su adaptación al suelo y al clima. El patrón debe estar plantado en un lugar aireado y soleado, y debe ser sano y resistente.

Por otra parte, la variedad injertada debe provenir de un árbol también sano y que tenga las características del fruto que deseamos. De él dependerá el color, sabor, tamaño y forma del nuevo fruto.

Los dos métodos más habituales para injertar cerezos son el injerto de púa, que aquí llamamos espigueta, y el de yema, también llamado parche.

El injerto de espigueta se realiza entre los meses de enero y marzo, antes de la subida de la savia o a su comienzo, y el de parche de primavera a otoño.

Mucho caso no le hicimos, porque decía mi padre que en su libro se explicaba mejor.

De las dos opciones, mi padre escogió la más dañina para mí, el injerto de parche. Porque no me diréis que no era tener mala suerte, que según el dichoso libro, los días ideales para que agarrara el injerto era del 7 al 11 de septiembre. Yo me defendía

- “¡Papa que esos son los días de nuestra feria!”

- “Ah!, lo siento, lo dice el libro.”

Así que varias ferias me las pasé de injertador. De noche en la feria y cuando llegaba a casa ya estaba esperándome con el dos caballos en marcha.

Llegada la hora de ir terminando y que muchos y muchas estaríais deseando, voy a leeros un poema de nuestro gran maestro, director y Alcalde D. José Morales Castillo, como homenaje al amor y al labrador castellero:

**Que hermoso es el amor,  
si el amor es verdadero.  
Yo necesito tu amor  
porque sin él me muero  
Y necesito la vida  
para quererte, mi cielo.  
A la memoria eterna  
del labrador castellero,  
que con su fe, sus trabajos  
sus sudores y sus esfuerzos  
hizo del cielo cereza  
y de la cereza cielo**

Y ya para terminar, quiero recordaros mi declaración de intenciones y deseos, con lo expuesto ante vosotros esta noche.

Os dije que quería mostrar mi amor por nuestro pueblo y su gente.

He querido demostraros lo orgulloso que me siento de ser castellero y el hecho de haber nacido en esta hermosa tierra.

Dije que iba a poner toda mi alma para intentar llegar a vuestros corazones.

Si lo he conseguido, es el mejor regalo, que como amigo y paisano, podéis ofrecerme.

Y antes de despedirme, quiero, en primer lugar, dar unas infinitas gracias a mi compañera de viaje, a Trini, que ha conseguido que el compartir el camino de la vida junto ella, haya sido y sigue siendo el mejor regalo que la vida me ha ofrecido.

Y en segundo lugar decirle a Raúl y a Miriam, lo fácil que me han puesto el hacerme sentir el padre más orgulloso y feliz, al tenerlos a ellos por hijos.

Muchas gracias por vuestra paciencia y atención. Un abrazo muy fuerte con el corazón.

Que disfrutéis con alegría y pasión de esta fiesta tan nuestra.

**¡Viva el Castillo! ¡Viva la Fiesta de la Cereza!**